

# Un cricketerista, tres punteros y muchísimas barbas

Crónica inexperta de una elección no tan diferente

RODRIGO CHOCANO



Mi primer recuerdo de Pakistán siempre será una Islamabad empapelada. Llegué por primera vez junto con mi esposa a mediados de julio de 2017, justo la semana anterior a las elecciones generales. «Va a ser una semana interesante», me dijo mi señora. El camino del aeropuerto a nuestra casa estaba lleno de carteles y banderolas multicolores, con rostros de gente y textos que no entendía. Siendo mi primera vez en esta parte del mundo, me llamaron la atención, sobre todo, unas pancartas amarillas gigantes con fotos de hombres con barbas largas y canosas, cuyo símbolo electoral era un Corán. «Esos son los candidatos de la extrema derecha, no van a ganar», me decía ella. En efecto, no ganaron, pero tampoco ganó el partido de su preferencia, el Awami Workers Party, partido de izquierda progresista e intelectual en el cual varios de sus amigos del mundo del desarrollo participaron como personas. En las elecciones del 25 de julio, quien ganó fue el Pakistan Tehreek-e-Insaf (PTI), fundado y liderado por Imran Khan, el excricketerista y político a quien Trevor Noah ha denominado «el Donald Trump pakistani». Khan fue elegido como primer ministro por la Asamblea Nacional el 17 de agosto,

fecha en la que inició su proyecto «Nuevo Pakistán» (*Naya Pakistan*), que promete traer desarrollo en observancia de la religión y en desafío a las élites políticas tradicionales.

Pakistán es un país ubicado en el sur de Asia. Con más de doscientos millones de habitantes, es el sexto país más poblado del mundo. Se fundó en 1947, año en que se separó de India para convertirse en un estado musulmán; es oficialmente una república islámica y el 96% de su población es musulmana. Es un poder medio dentro de la región, una economía emergente y una potencia nuclear, que tiene como vecinos a Afganistán, China, Irán e India (con quien mantiene un conflicto a la fecha). Su capital —y mi actual hogar— es Islamabad, una ciudad mandada a hacer en los años sesenta para ser el centro administrativo del país. Su idioma oficial es el urdu, que los indios describen como «un hindi más bonito y poético», así como cuando nosotros hablamos del español de los colombianos, aunque se escribe con caracteres árabes y tiene fuerte influencia persa.

1 Antropólogo por la PUCP y Ph.D. (c) en etnomusicología por la Universidad de Indiana. Especialista en música y patrimonio cultural, es autor de tres libros y varios artículos, y se ha desempeñado como especialista del Ministerio de Cultura y profesor contratado de la PUCP. A partir de 2018 reside en Pakistán, donde se encuentra terminando su tesis doctoral. Actualmente, mantiene Crónicas Halal, un blog autobiográfico donde narra sus peripecias en su nuevo hogar; su contenido es accesible desde <https://www.facebook.com/cronicashalal/> y <https://cronicashalal.wordpress.com/contact/>.



Pakistán alberga más de sesenta grupos étnicos, entre los que no se incluyen a élites blancas de ascendencia europea ni árabes. Los grupos mayoritarios y de mayor presencia en esferas de poder son los punjabi, pashtún y sindhi. Es una república parlamentarista que sigue un modelo anglosajón, pero también incorpora muchos preceptos de la ley islámica, sin llegar a ser Sharia. Este sistema, que estructura a una democracia en fortalecimiento, convive con una sociedad donde la identificación y las alianzas siguen lógicas de filiación étnica y religiosa, y en el caso de los grupos de poder, de pertenencia a clanes ancestrales.

Honestamente, yo no sé mucho de política y normativa electorales. Afortunadamente, nuestro sistema presidencialista, que permite voto cruzado, es medianamente simple: uno vota por quien quiera que sea presidente, gobernador o alcalde y el que tiene más votos gana. En Pakistán, el primer ministro (que es el jefe de gobierno) es elegido por la Asamblea Nacional (la cámara

baja del parlamento). El elector no vota por el líder, sino por el partido y, por supuesto, no hay voto cruzado. Obviamente, uno ya sabe quién va a ser el nominado de cada partido para primer ministro, usualmente los fundadores o los líderes históricos del partido. Como en muchos otros países, los votos que cada partido consiga dependen, en gran medida, de la capacidad de atracción del líder. Consecuentemente, se respira mucho caudillismo: básicamente la gente elige entre las mismas tres o cuatro figuras/familias políticas elección tras elección, y mientras, en teoría, se vota por el partido, en la práctica se vota por candidatos. Como me dijo mi peluquero hoy hace un par de horas: «sí, yo voté por PTI, pero en realidad mi voto es por Imran Khan».

El voto en Pakistán es voluntario y en estas elecciones votó el 52% de los posibles electores; ello significó un descenso de tres puntos porcentuales respecto de las elecciones de 2013, una cifra que los medios de comunicación consideran baja. Si los pakistaníes votan poco, sin embargo, da la

impresión de que participan mucho de la campaña. Además de los usuales carteles y afiches, durante estas elecciones vi muchísimas banderitas de los partidos, muchas más de las que alguna vez haya visto en Lima. Autos, casas, restaurantes quioscos, bodegas, carritos sangucheros y otros tenían pequeñas banderas de los partidos a los que respaldan, sobre todo las del PTI de Imran Khan y del Pakistan People's Party (PPP). En cambio, no vi una sola pared pintada con propaganda política, lo cual fue hermoso. Y hubo además mucha música, de inspiración tradicional y mensaje nacionalista, como parte de las campañas, sobre todo en la del PTI. Mis amigos me comentan que antes ningún partido utilizaba música en campaña y que parte del éxito del PTI se debe a que sus masivos mítines/conciertos proporcionan espacios donde se puede disfrutar de la música en un contexto donde los recitales públicos son sumamente escasos. Estas celebraciones no solo generaban la impresión de un apoyo masivo al partido, sino que también proporcionaban un público cautivo para los mensajes proselitistas. Los antropólogos que he conocido aquí están fascinados por estos discursos musicales y sugieren que analizarlos sería un aporte tremendo; la momentánea pobreza de mi urdu, sin embargo, no me permite aún emprender tamaña empresa.

El debate público de estas elecciones ha estado dominado por una serie de tópicos y sucesos coyunturales, algunos muy nuevos y otros que se arrastran desde hace muchos años. Los principales temas en la agenda política actual son la pobreza, el desempleo, el analfabetismo (el índice de alfabetización descendió de 60% al 58% entre el 2016 y el 2017), la crisis energética (que provoca apagones diarios y populariza el uso de grupos electrógenos), la relación con India (país con el que Pakistán mantiene tensiones profundas desde la partición de 1947), el terrorismo ligado al extremismo religioso y la construcción del corredor económico China-Pakistán. La discusión de estos temas, sin embargo, ha cedido mucho espacio a la cobertura del escándalo de corrupción de Nawaz Sharif y el PML-N, así como a la vida personal —sobre todo amorosa— de Imran Khan.

Yo sabía de la existencia de Sharif, el PML-N e Imran Khan desde hace cerca de un año, porque sigo a varios medios de comunicación pakistaníes en Facebook. El caso de Sharif tuvo mucha atención mediática, pero casi tanto espacio tuvieron durante varios meses los reportajes sobre con quién salía Imran Khan, si podría reconciliarse con su exesposa, con quién se iba a casar y otras cuestiones por el estilo. Me tomó un buen rato y muchas preguntas a mi esposa tener claro el quién-es-quién de la política pakistaní y cómo es que un político experimentado tenía cobertura de *socialité*. Mi consuelo de tontos ante mi falta de comprensión fue que los medios de comunicación son parecidos en todos lados y, meses después, no tengo aún razones para pensar lo contrario.

El proceso de las elecciones fue, por decirlo menos, tormentoso. Para empezar, estas se realizaron en paralelo al descubrimiento y exposición de uno de los mayores escándalos de corrupción en la historia de Pakistán. Nawaz Sharif, primer ministro de Pakistán en su tercer periodo no consecutivo y candidato a primer ministro por el Pakistani Muslim League Nawaz (PML-N) en 2018, fue destituido de su cargo en 2017, al encontrarse indicios de corrupción tras el caso de los Panama Papers. Esta acusación fue, de hecho, llevada a la corte por el mismo Imran Khan y algunos de sus aliados. Sharif y sus dos hijos, también candidatos por el PML-N, fueron condenados en ausencia el 6 de julio de este año, en un juicio en el que analistas internacionales consideraron que no se siguió el debido proceso y que fue instrumentalizado para impedir que Nawaz llegase a ser primer ministro nuevamente. Así, Nawaz era al mismo tiempo candidato y perseguido, mezclándose los dramas de la elección, el escándalo de corrupción y el juicio durante todo el proceso electoral. Este drama marcó las elecciones significativamente.<sup>2</sup>

Por otro lado, fue difícil no tener reminiscencias de los años 80 y 90 en el Perú ante los numerosos ataques terroristas acontecidos antes y durante las elecciones, que tuvieron como víctimas tanto a candidatos como a votantes. Organiza-

<sup>2</sup> Se puede encontrar un análisis profundo del tema en el reportaje «How one of Pakistan's most controversial cases has unfolded» de Danyal Adam Khan, disponible en: <https://herald.dawn.com/news/1398663>.

ciones terroristas de fundamento religioso, entre ellas los talibanes, tienen una fuerte presencia en el territorio nacional, especialmente en las provincias de Baluchistán y Khyber-Pakhtunkhwa, áreas mayoritariamente rurales y tribales que colindan con Afganistán y corresponden a la mitad del territorio nacional. Los ataques más graves tuvieron como objetivo un mitin en Peshawar (Khyber-Pakhtunkhwa) donde fallecieron doce personas, incluido el candidato secular de izquierda Haroon Bilour, y un local de votación en Quetta (Baluchistán), donde murieron treinta y una personas. Todo el país tenía miedo e incluso la bien resguardada Islamabad estaba cautelosa: la gente evitaba manifestaciones públicas por temor a ataques y el «no voy» de los taxistas estaba a la orden del día por temor a asaltos en los caminos oscuros de montaña que rodean el valle, «porque la policía está toda apostada cuidando a los del gobierno». Finalmente, el proceso electoral estuvo plagado de acusaciones de fraude. Tanto PML-N de Sharif como el PPP de Bilawal Bhutto, segundo y tercero en las elecciones, respectivamente, denunciaron la interferencia de las instituciones armadas en los resultados finales.

El gran ganador de esta elección fue el PTI, con 116 escaños de los 272 en disputa. Su líder, Imran Khan, fue nombrado primer ministro poco después de la elección. Imran Khan, varón pash-tún nacido en 1952, es un personaje interesante y de trascendencia diversa para Pakistán. Nacido en una familia de clase alta, fue al colegio en Inglaterra y se graduó del programa de filosofía, política y economía de Oxford en 1975. Se hizo famoso como jugador de cricket entre 1970 y 1992, y en tanto tal, es una suerte de híbrido entre Paolo Guerrero, Claudio Pizarro y Roberto Martínez. Jugó a nivel profesional en equipos de Pakistán e Inglaterra, fue capitán de su selección nacional y lideró a su país en el triunfo en la copa mundial de 1992, derrotando nada menos que a Inglaterra en la final. Durante y luego de su carrera deportiva, Khan fue una suerte de play-boy del jet set pakistaní y se mantuvo en el ojo de la prensa, incluso luego de su retiro. Estuvo casado con la periodista británica Jemima Goldsmith entre 1995 y 2004, con la periodista británico-pakistaní Reham Khan entre enero y octubre

de 2015, y con su guía espiritual Bushra Maneka desde febrero de 2018 al presente. El comentario en la prensa es la curiosa progresión hacia el conservatismo en las parejas matrimoniales de Khan, y sobre todo su matrimonio con una musulmana practicante (la única primera dama que ha usado velo en la historia del país) *ad portas* de las elecciones en un país de significativa mayoría islámica.

Imran Khan fundó el PTI en 1996. Fue elegido para la asamblea nacional en el año 2002 y nuevamente en 2013, como representante por Khyber-Pakhtunkhwa. Ha tenido una activa y notoria vida política y ha liderado numerosas protestas contra Sharif y el PML-N por sus casos de corrupción. Bajo el liderazgo de su partido, la desatendida provincia de Khyber-Pakhtunkhwa alcanzó un desarrollo significativo, lo cual promocionó durante la campaña como ejemplo de sus capacidades como político y gobernante. En términos gruesos, su plataforma política consiste en generar un Estado de bienestar que provea servicios públicos y calidad de vida, sobre todo en las zonas rurales donde la densidad estatal es muy baja. Otra propuesta más arriesgada, lograr la paz definitiva con la India, tuvo una gran e impredecible acogida entre los millones de pakistaníes que han crecido con recelo hacia el gigantesco vecino del este. Su proyecto, sin ser religioso ni militar, es expresamente respetuoso del islam y hacia las fuerzas armadas, probablemente las dos instituciones que mayor respaldo y poder tienen en Pakistán.

Mis amigos progresistas solían criticar el discurso de Imran Khan como inconsistente, sus propuestas como imprecisas y su liderazgo como —al menos— cuestionable. Más graves eran las voces que lo acusaban de ser misógino (algo de lo que hay mucha evidencia pública) y apologeta del terrorismo religioso, así como de estar controlado por los militares. Sin embargo, de entre los tres candidatos que podían llegar al poder, Khan era el que tenía el discurso más claro, la propuesta de tendencia más transformadora y el apoyo de más sectores (clanes tribales, clérigos, militares, profesionales urbanos y un largo etcétera apoyaban). Era además el único de los tres

candidatos con posibilidades que no pertenecía a las dinastías nacionales que han ocupado el poder en los gobiernos democráticos de Pakistán, los Bhutto y los Sharif, por lo que alguna evidencia tenía para esgrimir novedad en su candidatura, a pesar de estar en política desde la década del 90. Las circunstancias lo colocaban, por decirlo de alguna manera, como un *outsider* bien antiguo. En realidad, medio que ya todos sabíamos que iba a ganar.

Tal parece que es aún muy pronto para hacer un análisis de los primeros días de Imran Khan en el gobierno,<sup>3</sup> o al menos eso parece sugerir el silencio de una prensa que es, en general, muy vocal en su análisis político. Aun así, uno escucha noticias que sugieren que el gobierno está viendo el panorama un poco verde. Las conversaciones de paz con la India no van necesariamente viento en popa; la India aceptó una propuesta de diálogo del gobierno pakistaní y la rechazó al día siguiente sobre la base de acciones militares contra sus fuerzas armadas en la aún disputada región de Cachemira. Asimismo, Imran Khan ya dio su primera muestra de debilidad, al obligar a renunciar a su ministro de finanzas, el economista estrella y profesor en Princeton Atif Mian, porque grupos político-religiosos fundamentalistas, mayoritariamente sunníes, se oponen a que un ahmadi, minoría musulmana no reconocida por ellos, tenga cargo alguno en el gobierno pakistaní. De entre estos grupos, el Tehreek-i-Labbaik Pakistan (TLP), de extrema derecha, es el más notorio, no por su caudal de votos, sino por su militancia pública y confrontacional, similar al estilo de «Con Mis Hijos No Te Metas». Si bien el TLP no alcanzó escaños en el nivel nacional en esta elección, su presencia pública ha crecido. No permitan que sus blancos turbantes y sus barbas longevas los encandilen con su ternura; son de hecho un grupo con una retórica de temer.

Más allá de esto, el peor miedo, por supuesto, radica en que los militares controlen nuevamente al país, como ya es casi tradición luego de uno o dos gobiernos democráticos. El rumor en medios nacionales e internacionales es que los militares promovieron a Khan porque lo ven como un lí-

der débil y manipulable, a diferencia de Sharif o Bhutto, a cuyas familias ya han derrocado en el pasado. Así, el panorama es muy incierto.

Pese a todo lo que se respira en la calle luego de la victoria de Imran Khan, se percibe mayoritariamente esperanza y alegría. Un taxista de Uber, luego de conversar conmigo sobre la selección peruana de fútbol, me comentó que votó por Imran Khan porque «era un hombre firme que iba a cambiar todo en el gobierno» y que se merecía la victoria porque «ha estado intentando desde hace mucho tiempo y el *establishment* no se lo ha permitido». Un conocido nuestro, economista formado en Estados Unidos y que trabaja en el programa de microfinanzas de una entidad de cooperación financiera internacional, me comenta que cada día se despierta feliz porque sabe que Imran Khan ganó «y que el *establishment* político en efecto podía cambiar». Curiosamente, cuando pregunto por su calidad como jugador, la opinión general es que «en realidad no era tan bueno, pero sí era un gran capitán». La prensa lo ama; tal vez esto tenga que ver con el bajo índice de libertad de prensa que tiene Pakistán, pero la verdad es que este amor parece más bien la segunda parte de un idilio que comenzó hace por lo menos un año.

Hay gente que lo critica, obviamente: todas las mujeres con educación superior que conozco lo detestan por misógino, y mucha gente dice que se aprovecha del descontento para ofrecer a todo el mundo cosas que no podrá cumplir. Curiosamente, nadie de con quienes converso —académicos, profesionales jóvenes, taxistas, vendedores de bazar, obreros y alguna persona que ocasionalmente sale de este espectro— parece contemplar que otra opción hubiese sido viable ni deseable. Aunque en general la gente siente que el proceso a Nawaz Sharif no fue justo, no le perdona su escándalo de corrupción y, adicionalmente, está aburrida de haberlo tenido tres periodos como primer ministro. Cada vez que pregunto por Bilawal Bhutto —líder del PPP, hijo y nieto respectivamente de la ex primera ministra Benazir Bhutto (asesinada en 2007) y del ex primer ministro Zulfikar Ali Bhutto (asesinado en 1979)— mis

<sup>3</sup> Cabe destacar que el presente texto fue entregado en octubre de 2018, cuando el nuevo gobierno tenía muy pocos días en el cargo”

conocidos me dicen que es un político inteligente y bien intencionado, pero que no conecta con la gente porque es muy pituco y ha pasado casi toda su vida en Europa.

Estas percepciones, dentro de mi limitada red en una ciudad de dos millones de habitantes, ubicada en un país de más de 200 millones de habitantes, evidentemente son poco representativas. Sí ofrecen, sin embargo, una idea muy general de lo que Raymond Williams llamaría la «estructura de sentimiento» electoral por la que ganó Imran Khan: gente aburrida de un *establishment* político compuesto por un puñado de familias que aparentemente nunca se van a ir frente a la esperanza que supone un hombre fuerte, un viejo conocido que brinda la oportunidad de acabar con el estancamiento. Todo ello mezclado con la actitud conspiranoica de que en verdad los que llevan el show son, como siempre, el ejército y los religiosos fundamentalistas, quienes desde hace años parecen controlar las libertades personales, la opinión pública, los recursos del Estado y el monopolio de los discursos morales.

Haciendo balance, para un extranjero, la elección brinda pistas también sobre lo que no es un proceso electoral en una república islámica. Tal vez la más relevante es que, contra el prejuicio de uno, no es una elección teocrática. La religión penetra tanto la moral pública como la agenda electoral (de hecho fue parte importante de la plataforma de Imran Khan), pero la gente no parece decidir basada en mandatos religiosos. O sea, nadie

se vuelve primer ministro por rezar más que el otro o por atribuirse mandato divino. No solo los partidos no son versiones musulmanas del FRE-PAP, sino que hasta al PPC le va mejor que a la mayoría de partidos religiosos de Pakistán. De hecho, ninguno de los tres grandes partidos de estas elecciones es religioso, y el partido teocrático más notorio, el derechista TLP, basa su fuerza en su militancia pública y su capacidad disruptiva. Aunque la fama global de Pakistán se basa en el fundamentalismo religioso, lo cierto es que esta dinámica electoral no es inusual para un país que tuvo a una mujer como su primera jefa de gobierno, elegida por el pueblo en 1988, y que brindó derechos a la población transexual a inicios de 2018, avances democráticos que en Perú aún no se vislumbran en un horizonte cercano.

En lo que sí nos parecemos los peruanos a los pakistaníes, en cuestiones electorales, es en la abundancia de propuestas populistas, la frecuencia con la que se interrumpe la continuidad democrática, la presencia de *establishments* políticos y dinastías de gobernantes que se mantienen por años, el gusto por personajes fuertes que arreglen el sistema con mano dura, y la interferencia constante de poderes fácticos. Pero sospecho que en eso nos parecemos a la mayoría de los países del mundo. Y claro, también en el hecho de que, dos meses después de las elecciones, los carteles que vi a mi llegada siguen allí colgados, igualitos, con los viejitos barbudos mirándome con cara acusadora. Procuraré no ser muy haraam hasta que los descuelguen.